



www.loqueleo.com

Billy y el vestido rosa
Título original: *Bill's New Frock*

© Del texto: 1988, Anne Fine
© De las ilustraciones: 1988, Philippe Dupasquier
© De la traducción: 1994, Magdalena Rodenas
© De esta edición
2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7057777
Bogotá – Colombia
www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
• Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59393-8-7
Impreso en Colombia
Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: marzo de 2006
Primera edición en Loqueleo Colombia: febrero de 2016
Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2017

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Billy y el vestido rosa

Anne Fine

Ilustraciones de Philippe Dupasquier

loqueleg

Empieza un día horrible

Cuando Billy Simón se despertó el lunes por la mañana, descubrió que se había convertido en una chica. 5

Estaba todavía delante del espejo mirándose, asombrado, cuando entró su madre como un torbellino.

—¿Por qué no te pones este vestido rosa tan lindo? —preguntó.

—¡No llevo nunca vestidos! —exclamó Billy indignado.

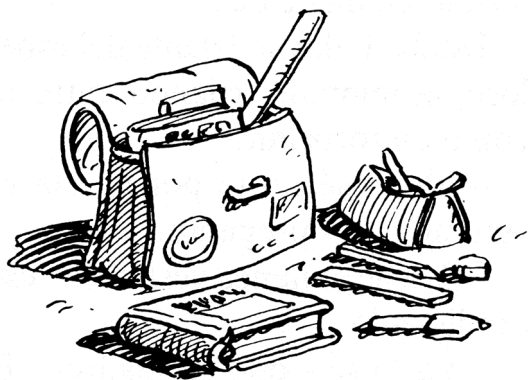
—Ya lo sé —dijo su madre—. Es una verdadera lástima.

Ante el asombro de Billy, y antes de que tuviera tiempo de protestar, le había metido

el vestido por la cabeza y subido la cremallera del costado.

—Abróchate tú los botoncitos de nácar —le dijo—. Son un poco latosos y a mí ya se me está haciendo tarde para ir a trabajar.

6 Y salió con la misma rapidez con la que había entrado, dejándole desconsolado delante del espejo, en el que se reflejaba una niña con su mismo pelo rizado color zanahoria y un vestidito rosa con frunces y botoncitos de nácar, que le miraba con la misma cara de desconsuelo.





—No puede ser —se dijo Billy—. ¡No puede ser!

Salió de su cuarto justo cuando pasaba su padre a la carrera. También se le había hecho tarde para el trabajo, pero se inclinó y le plantó un beso en la mejilla.

8 —Adiós, cielo —dijo, revolviéndole los rizos—. Hoy vas más elegante que nunca. Pocas veces te vemos con un vestidito, ¿no es cierto?

Bajó corriendo las escaleras y salió de la casa tan deprisa que no pudo ver la cara de Billy ni oír lo que mascullaba.

Bella, la gata, no pareció notar ninguna diferencia. Exactamente igual que siempre, ronroneando, restregó contra sus tobillos su cuerpo suave y peludo.

A continuación, Billy se puso a desayunar sus cereales con leche como de costumbre, convencido de que todo aquello era inevitable.

Luego salió de casa a la misma hora de todos los días. No tenía otra alternativa. A pesar de que todo era muy raro, las cosas sucedían con total normalidad, como en un sueño.

¡O a lo mejor era una pesadilla! Porque en la esquina estaba la banda de los chicos del colegio rival. Entre ellos, Billy pudo reconocer a uno al que llamaban Manu Matón, con su chaqueta de cuero negro claveteada.

9

“Me parece que voy a ir por el camino largo, dando un rodeo —pensó Billy—. No quiero enzarzarme en una estúpida pelea con ellos como la semana pasada, que me dieron patadas en los tobillos y me hicieron polvo”.

Justo entonces, Billy oyó el silbido más agudo que pueda imaginarse. Se volvió para ver de dónde venía semejante sonido y entonces se dio cuenta de algo horrible: ¡El silbido de Manu iba dirigido a él!

Billy se puso tan colorado que sus pecas desaparecieron. Se sintió tan estúpido que se le olvidó torcer en la esquina siguiente para dar el rodeo que había pensado y acabó pasando por delante de la banda.

10 Manu estaba hecho un chulo, apoyado en los barrotes de la verja, y siguió silbando a Billy cuando este pasó con su vestido rosa con botones de nácar.

Billy pensó: “¡Casi sería mejor que me dieran patadas en los tobillos otra vez!”.

Cuando llegó a la calle principal, había una anciana de pelo gris esperando al borde de la acera para cruzar, y Billy se puso a su lado para protegerse de la banda de Manu.

—Dame la mano, ricura —dijo—. Ya verás como cruzamos la calle sin problemas las dos.

—No, de verdad, no hace falta —se resistió Billy—. Me las arreglo muy bien, en serio. Cruzo todos los días esta calle yo solo.